



Premio **Árbol de la vida**

AMÉRICA

J. Carreras Guixé

**Bergil, el caballero
perdido de Berlindon**

Editorial Bambú es un sello
de Editorial Casals, S. A.

© 2006, J. Carreras Guixé
© 2006, Editorial Casals, S.A.
Tel. 902 107 007
www.editorialbambu.com
www.bambuamerica.com

Diseño de la colección: Miquel Puig
Fotografía de la cubierta: Age Fotostock

Cuarta edición: diciembre de 2013
ISBN: 978-84-8343-162-7
Depósito legal: M-25884-2011
Printed in Spain
Impreso en Anzos, S.L. - Fuenlabrada (Madrid)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

ÍNDICE

Capítulo i	7
Capítulo ii	16
Capítulo iii	23
Capítulo iv	33
Capítulo v	42
Capítulo vi	56
Capítulo vii	69
Capítulo viii	75
Capítulo ix	87
Capítulo x	93
Capítulo xi	99
Capítulo xii	108
Capítulo xiii	114
Capítulo xiv	122
Capítulo xv	131

CAPÍTULO I

Bergil tenía sus ojos negros clavados en la extensa llanura. Desde un pequeño montículo contemplaba lo que iba a ser el lugar donde combatiría por primera vez en su vida en una batalla a campo abierto. A lo lejos, en el bosque, unas columnas de humo se levantaban desde las hogueras que los enemigos habían encendido en su campamento. Una nube cubría todo el cielo y amenazaba con descargar una intensa lluvia.

Era un muchacho apasionado. A sus dieciocho años, estaba dispuesto a darlo todo por su rey y no pensaba echarse atrás cuando la batalla estaba tan cerca. Permaneció allí durante unos segundos, imaginando que estaba ya en medio de la batalla, pero enseguida escuchó la llamada de su capitán. El ejército estaba en plena actividad. Todos se preparaban para el combate; él se disponía a hacer lo mismo cuando oyó una voz a su espalda y



sintió que una mano lo agarraba con fuerza del hombro y le obligaba a darse la vuelta:

–¡Eh, tú! –le dijo el capitán.

–Sí, señor.

–¿Tienes miedo?

–No, señor. Estaba pensando en las ganas que tengo de luchar al servicio del rey.

–Si te distraes, no durarás mucho en la batalla. No lo olvides.

–De acuerdo, señor.

El capitán era un hombre con experiencia en la guerra. Llevaba muchos años en el ejército y sabía imponer disciplina a los soldados cuando era necesario, a la vez que los cuidaba como si fuera su padre, dándoles ánimo y ayudándolos cuando lo necesitaban. Todos sus soldados lo apreciaban mucho y él sentía lo mismo por ellos. Sin embargo, trataba a Bergil con un cariño especial. El muchacho le había causado buena impresión desde el principio, porque le recordaba a un amigo suyo, un valiente general al que había servido hacía unos años. Bergil era valiente y tenía buena forma física. Además, era un muchacho inteligente, seguro de sí mismo, e inspiraba confianza a sus compañeros. Pero tenía algo más que el capitán no sabía cómo expresar, algo que hacía de él un muchacho distinto de los demás.

Una hora después, el ejército estaba preparado a las puertas del campamento. Bergil y sus compañeros esperaban en la retaguardia. Al frente, en formación, se situó la caballería. Los arqueros cubrían los flancos. A una



señal del rey, el gigantesco ejército se adentró en la llanura al encuentro del ejército enemigo. Todos los soldados iban bien armados, aunque procuraban no llevar demasiado peso; por lo general, empuñaban una lanza corta y un escudo, y llevaban una espada colgada al cinto. Avanzaron en formación durante media hora hasta que se encontraron con el enemigo, más o menos en el centro de la llanura. Entonces se detuvieron y un mensajero del rey Arthagêl, al que servía Bergil, cabalgó a toda velocidad hasta donde se encontraba el rey del ejército enemigo, le transmitió un mensaje y escuchó la respuesta. Enseguida se dio la vuelta y se dispuso a volver de nuevo hasta donde estaba su rey. Pero había recorrido sólo unos pocos metros cuando un arquero enemigo disparó una flecha y lo derribó del caballo. En aquel momento, la infantería enemiga se lanzó con todas sus fuerzas contra el ejército al que pertenecía Bergil.

Pero Arthagêl no iba a dejar que las sucias maniobras del enemigo lo sorprendieran. Hizo una señal a uno de sus ayudantes, que comenzó a dar órdenes. Bergil, mientras tanto, veía cómo las filas del enemigo se acercaban rápidamente. Los soldados habían salido muy apretados, pero ahora se estaban dispersando. Alguno tropezó en la desesperada carrera y fue atropellado por los que venían detrás. Sería fácil aguantar el ataque de un ejército tan desordenado, aun cuando atacaba por sorpresa. Las primeras filas de la infantería de Arthagêl avanzaron al encuentro del enemigo. Bergil podía escuchar las órdenes de sus propios capitanes. Arthagêl estaba sa-



cando también toda su infantería. Al fin llegó la orden del capitán de Bergil y el último regimiento se lanzó hacia delante. Mientras corría, Bergil vio que una lluvia de flechas pasaba por encima de su cabeza y caía sobre el ejército enemigo. Algunas flechas se clavaron en el suelo, porque los enemigos se habían ido dispersando, pero muchas otras alcanzaron sus blancos y las filas que habían sufrido aquella lluvia quedaron muy menguadas.

Después se produjo el choque entre las dos infanterías. Al principio, el ejército que avanzaba disperso fue barrido por las apretadas legiones de Arthagêl, pero después se reagrupó rápidamente y la batalla se hizo más dura. Fue entonces cuando le llegó el turno a Bergil. Mientras corría, había advertido que las huestes enemigas eran más numerosas, a pesar de haber sufrido bajas por la lluvia de flechas y por el choque inicial. Los soldados que llegaban en aquel momento entraron en la batalla con todas sus fuerzas, alcanzando el flanco de uno de los grandes grupos que los enemigos habían formado al reagruparse. Los enemigos fueron dispersados de nuevo, y perseguidos por Bergil y por todos sus compañeros. El muchacho todavía no había tenido tiempo de atacar a ningún enemigo, porque se había situado en el centro de su compañía, que se mantenía agrupada en apretadas filas.

En un momento dado, se fijó en uno de sus compañeros cercanos, que estaba en la misma situación que él. Era un soldado de edad algo avanzada, aunque vigoroso como el más joven. Aquel hombre parecía tranquilo;



era como si no le importara lo que estaba haciendo. Parecía que no sentía la cercanía de la muerte. Miraba a su alrededor, moviendo la cabeza lentamente. De pronto, detuvo sus ojos en los de Bergil. El chico le sostuvo la mirada. Veía en aquellos ojos grisáceos una cierta tristeza.

Pero algo alteró la triste tranquilidad de aquella mirada. Bergil se giró a tiempo para ver llegar a un enemigo y esquivar su espada. Instintivamente, clavó su lanza corta en el vientre del soldado, que cayó al suelo muerto. Bergil se dio la vuelta para ver al hombre que antes le había avisado con la mirada del peligro que corría. El hombre de los ojos grisáceos luchaba ahora con tres enemigos. Los tres lo atacaban repetidamente. Él había derribado al cuarto con su lanza, y ahora desviaba los ataques de los otros tres con su espada y golpeando con el escudo. Bergil se lanzó en su ayuda.

Mientras corría, desenvainó su espada. Al llegar al lugar donde su compañero luchaba por salvar la vida, vio que su rostro conservaba su expresión de triste tranquilidad, reflejada particularmente en sus ojos grises. De inmediato descargó la espada sobre un enemigo con todas sus fuerzas. Éste se protegió con su espada, pero el golpe fue tan fuerte que la propia espada golpeó su cabeza y quedó inconsciente. En aquel momento, los otros dos soldados huyeron atemorizados.

–Gracias, chico –dijo a Bergil su compañero, sin alterar su tranquilidad.

–Sólo cumplía con mi deber –replicó el muchacho.



En aquel momento llegó allí el mismísimo capitán. Tenía un rasguño en el brazo, aunque parecía que no se había dado cuenta. Empuñaba su imponente espada con la mano ensangrentada.

–¡Sígueme! –les dijo.

Y, sin dar más explicaciones, corrió hacia un lugar más tranquilo. Los dos soldados lo siguieron.

Mientras tanto, ambos reyes habían lanzado a la batalla sus respectivas caballerías. Los caballeros de Arthagêl, extraordinariamente bien armados, aunque no tan numerosos como los que componían la caballería enemiga, galopaban con velocidad para terminar de barrer a la infantería enemiga, que se mantenía todavía en pie. Ahora estaban en igualdad de número y, aunque los enemigos eran inferiores en cuanto a tácticas de combate, la posibilidad de la derrota los ayudó a sacar sus últimas fuerzas, por lo que estaban recuperando algo de terreno. La entrada en combate de la caballería de ambos bandos igualaría de nuevo la batalla y el rey que hubiera diseñado la mejor estrategia sería el vencedor.

Unos segundos más tarde, unos quince hombres más se reunieron con el capitán y los dos soldados. Entonces, el capitán comenzó a dar instrucciones:

–Repartámonos en parejas. Cada uno cubrirá las espaldas de su compañero –comenzó diciendo.

Entonces escogió como compañero a su escudero, un hombre que había permanecido a su lado desde que fuera nombrado capitán, siete años antes. La pareja de Bergil fue aquel hombre tan extraño, el que no se inmutaba



ante el constante peligro de muerte. Después, el capitán siguió con las órdenes:

–Ahora que los arqueros han agotado ya sus flechas, penetraremos entre las líneas enemigas. Cuando llegue la caballería, los dos ejércitos se confundirán y podremos avanzar con facilidad. La misión es secuestrar al rey enemigo vivo. Es necesario ir y volver rápidamente; no pretendemos exterminar a la guardia real.

En aquel instante, Bergil observó que ambas caballerías alcanzaban la batalla casi simultáneamente. Soldados de los dos bandos fueron derribados brutalmente y los que se salvaron de aquella primera embestida se dispersaron huyendo en todas direcciones. El capitán y sus diecisiete soldados se echaron al suelo para no ser arrollados por los caballos enemigos. Alrededor del pequeño grupo se produjo un violento choque de las dos caballerías.

–¡Cojan un caballo! –ordenó de pronto el capitán. Y, levantándose, corrió a derribar por la espalda a un enemigo que luchaba contra otro caballero. Le arrebató el caballo y lo dejó tendido en el suelo.

Los soldados hicieron lo mismo y pronto estuvieron montados cada uno en un caballo. A una señal del capitán, todos se lanzaron directamente hacia el lugar donde estaba el rey enemigo. Algún caballero enemigo intentó detenerlos, pero la caballería de Arthagêl, que estaba al corriente de la misión que el rey había encomendado a aquellos hombres, se encargó de impedirlo. Al principio avanzaron con velocidad, derribando a todos los enemigos



que les salían al paso. Bergil había pensado que era una locura, pero el capitán había elegido bien a sus hombres. Todos eran expertos en la lucha, especialmente el propio capitán y el hombre de los ojos grises. Todos, salvo Bergil, eran capaces de dirigir el caballo con una sola mano, mientras con la otra manejaban la espada. El chico se limitaba a mantenerse junto a su compañero.

Sin embargo, pronto la densidad de enemigos se hizo más impenetrable. Avanzaban como si fuesen andando. Los soldados se habían agrupado y los de los extremos descargaban continuamente su espada contra los hombres que los rodeaban. Alguno de los caballos se abrió paso a coces. Entonces vieron al rey enemigo, que parecía haber entendido el propósito del grupo y estaba dando órdenes. El ejército enemigo parecía huir, pero se estaba dirigiendo a defender al rey.

–¡Hemos sido utilizados como cebo! –dijo uno de los soldados.

Bergil vio entonces un cambio radical en la mirada del hombre de los ojos grises. Aunque sólo fue un momento, la tranquilidad desapareció de su rostro y sus ojos, llenos de ira, se clavaron en el que había dicho aquello. Pero no dijo nada. En cambio, el capitán se enfureció:

–¡Thergan! –dijo en voz alta al que había dicho eso–. Cuando volvamos al campamento serás juzgado por insultar al rey. El rey no utiliza a los soldados como cebo sin consultárselo a ellos. Nos ha encomendado una misión que vamos a cumplir y saldremos todos vivos.



Thergan no se atrevió a replicar, pero lo que había dicho había provocado ya la ira del capitán. Éste tiró de las riendas de su caballo y, derribando a tres enemigos de un solo golpe, se lanzó hacia delante. Los demás hicieron lo mismo. Bergil observó que el hombre de los ojos grises sonreía un segundo y avanzaba, intentando alcanzar a su capitán. Intentó seguirlo, pero no podía. Su compañero se situó al lado del capitán y le dijo algo; después, siempre atacando al enemigo a ambos lados con asombrosa rapidez, se colocó de nuevo junto al muchacho. Para ese momento, Bergil había encontrado la forma de tomar las riendas con una sola mano para luchar con la otra; de no haber aprendido a hacerlo, habría muerto.

El rey enemigo, viendo el repentino avance del pequeño grupo de valientes soldados, montó en su caballo y emprendió la fuga. El capitán y sus soldados intentaron darle alcance, pero sus caballos estaban demasiado cansados. Habían atravesado ya todas las líneas enemigas y ahora ellos eran los perseguidos. Arthagêl, sin embargo, no estaba dispuesto a dejar que los cogieran y lanzó al ejército en defensa de sus valientes hombres. El capitán y sus soldados se detuvieron y se plantaron donde estaban, dispuestos a matar al que se acercara demasiado. Pero no hizo falta que lucharan más. La victoria llegó rápidamente. El enemigo, que se había quedado sin el organizador, estaba desorientado. La huida del tirano había cogido desprevenidos a los capitanes, que se entregaron o huyeron.

